

El Dios “desconocido” de San Francisco de Sales

Un episodio curioso

En la vida de Francisco de Sales, joven estudiante en París, hay un curioso episodio que tuvo gran repercusión a lo largo del resto de su vida y en su pensamiento. Era el día del carnaval. Mientras todo el mundo pensaba en divertirse, el joven de 17 años parecía preocupado, incluso triste. Sin saber si estaba enfermo o simplemente melancólico, su tutor le sugirió que fuera a ver las actuaciones del festival. Ante esta sugerencia, el joven formuló de pronto esta oración bíblica: “Aparta mis ojos de ver cosas vanas”. Luego añadió: “Señor, déjame ver”. ¿Ver qué? Respondió: “La sagrada teología; ella es la que me enseñará lo que Dios quiere que mi alma aprenda”.

Hasta entonces Francisco había estudiado los autores paganos de la antigüedad con gran provecho e incluso éxito. Le gustaban y tenía mucho éxito en sus estudios. Sin embargo, su corazón estaba insatisfecho, buscaba algo o más bien a alguien que pudiera satisfacer su deseo. Con el permiso de su tutor, comenzó entonces a asistir a las conferencias del gran profesor de Sagrada Escritura Gilbert Genebrard, que comentaba un libro de la Biblia que narra la historia de amor de dos amantes: el Cantar de los Cantares.

El amor descrito en este libro es el amor entre un hombre y una mujer. Sin embargo, el amor que se celebra en el Cantar de los Cantares también puede entenderse como el amor espiritual del alma humana con Dios, explicó Genebrard a sus alumnos, y es esta interpretación totalmente espiritual la que encantó al joven estudiante, que se regocijó con las palabras de la novia: “He encontrado a Aquel a quien ama mi corazón”.

A partir de entonces, el Cantar de los Cantares se

convirtió en el libro favorito de San Francisco de Sales. Según el Padre Lajeunie, el futuro Doctor de la Iglesia había encontrado en este libro sagrado “la inspiración de su vida, el tema de su obra maestra (*El Tratado sobre el Amor de Dios*) y la mejor fuente de su optimismo”. Para Francisco, asegura también el padre Ravier, fue como una revelación, y desde entonces “ya no podía concebir la vida espiritual más que como una historia de amor, la más bella de las historias de amor”.

No es de extrañar, pues, que Francisco de Sales se haya convertido en el “doctor del amor” y que el tema del amor haya sido el centro de la conmemoración del cuarto centenario de su muerte (1622-2022). Ya en 1967, con ocasión del cuarto centenario de su nacimiento, San Pablo VI lo había definido como “doctor del amor divino y de la dulzura evangélica”. Cincuenta y cinco años después, en ocasión del aniversario de su nacimiento al cielo, el Papa Francisco, con su Carta apostólica *Totum amoris est*, nos ofrece nuevas luces sobre la vida y la doctrina del santo obispo y nos vuelve a proponer con autoridad el verdadero rostro de Dios, a menudo ignorado o incomprendido.

El Dios desconocido

En tiempos de Francisco de Sales, el Rey Enrique IV de Francia, gran admirador de las habilidades y virtudes del obispo de Ginebra, un día se lamentó con él por la imagen distorsionada que sus contemporáneos tenían de Dios. Según un testigo, el rey “vio a varios de sus súbditos vivir toda clase de libertades, diciendo que la bondad y la grandeza de Dios no se preocupaban de cerca de los hechos de los hombres, que él reprochaba fuertemente. Vio a otros, en gran número, que tenían una baja opinión de Dios, creyendo que siempre estaba dispuesto a sorprenderlos, esperando sólo la hora en que hubieran caído en alguna falta leve para condenarlos eternamente, lo cual no aprobaba.

Francisco de Sales, por su parte, era muy consciente de que ofrecía una imagen de Dios distinta de las

muy comunes en su época. En uno de sus sermones, se comparaba al Apóstol Pablo mientras anunciaba al Dios desconocido a los atenienses: “No es que quiera hablarles de un Dios desconocido –precisaba- ya que, gracias a su bondad, lo conocemos, pero ciertamente podría hablar de un Dios desconocido. Yo, por tanto, no os haré conocer, sino descubrir, a ese Dios tan amable, que murió por nosotros”.

El Dios de San Francisco de Sales no es un Dios policial, ni un Dios distante, como muchos de su tiempo creían que era, y no es el Dios de la “predestinación”, que siempre ha predestinado a algunos al cielo y a otros al infierno, como muchos de sus contemporáneos afirmaban, sino un Dios que quiere la salvación de todos. No es un Dios distante, solitario e indiferente, sino un Dios providente y “dispuesto a la comunicación”, un Dios atrayente como el Esposo del Cantar de los Cantares, a quien la esposa dirige estas palabras: “Vuelve a atraerme hacia ti y correremos al olor de tus perfumes”.

Si Dios atrae al hombre, es para que el hombre se convierta en cooperador de Dios. Este Dios respeta la libertad y la capacidad de iniciativa del hombre, como nos recuerda el Papa Francisco. Con un Dios de rostro amoroso como el que propone Francisco de Sales, la comunicación se convierte en un “corazón a corazón”, cuyo fin es la unión con Él. Es una amistad, porque la amistad es comunicación de bienes, intercambio y reciprocidad.

El Dios del corazón humano

En el Antiguo Testamento, Dios es llamado Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob. La alianza establecida por Dios con los patriarcas significa realmente el vínculo profundo e inquebrantable entre el Señor y su pueblo. En el Nuevo Testamento, la alianza establecida en Jesucristo une a todos los hombres, a toda la humanidad. A partir de ahora, todos pueden invocar a Dios con esta oración de San Francisco de Sales: “Oh Dios mío, tú eres mi Dios, *el Dios de mi corazón*, el Dios de mi alma, el Dios de mi espíritu”.

Estas expresiones significan que para San Francisco de Sales, nuestro Dios no es sólo el Dios del corazón humano en la persona del Dios hecho hombre, sino también el Dios del corazón humano. Ciertamente, el Hijo de María recibiendo de ella su humanidad, recibió al mismo tiempo un corazón humano, fuerte y dulce. Pero con la expresión "Dios del corazón humano", el doctor del amor quiere decir que el rostro de nuestro Dios corresponde a los deseos, a las expectativas más profundas del corazón humano. El hombre encuentra en el corazón de Jesús la realización inesperada de un amor que ni siquiera se atrevía a pensar o imaginar.

El joven Francisco lo sintió bien cuando descubrió la historia de amor narrada en el Cantar de los Cantares. La esposa y el Esposo, el alma humana y Jesús se descubren hechos el uno para el otro. No es posible que su encuentro haya sido casual. Dios los hizo el uno para el otro de tal manera que la novia puede decir: *"Tú eres mío y yo soy tuya"*. Todo lo que San Francisco de Sales dijo y escribió vibra con esta maravillosa historia de mutua pertenencia.

En el Salmo 72, San Francisco de Sales leyó estas palabras que lo impactaron: "Dios de mi corazón, mi parte es Dios para siempre". La expresión "Dios de mi corazón" le gustó mucho. Según el doctor del amor, "si el hombre piensa con un poco de atención en la divinidad, siente inmediatamente alguna dulce emoción en su corazón, lo que prueba que Dios es el Dios *del corazón humano*". A santa Juana de Chantal, con la que fundó la orden de la Visitación, le recomendó decir a menudo: *"Tú eres el Dios de mi corazón y la herencia que deseo eternamente"*.

Si tenemos afectos rebeldes o si nuestros afectos en este mundo son demasiado fuertes, aunque sean buenos y legítimos, necesitamos cortarlos para poder decir a Nuestro Señor como David: *"Tú eres el Dios de mi corazón y mi porción de herencia eterna"*. Porque con esta intención viene Nuestro Señor a nosotros, para que todos estemos en él y para él".

El corazón de Jesús es el lugar del verdadero

descanso. Es la morada “más espaciosa y más querida de mi corazón”, confía san Francisco de Sales, que hace este propósito: “Estableceré mi morada en el horno del amor, en el divino corazón traspasado por mí. En este hogar ardiente, sentiré revivir en medio de mis entrañas la llama del amor, hasta ahora tan lánguida. ¡Ah! Señor, tu corazón es la verdadera Jerusalén; permíteme que lo elija para siempre como *lugar de mi descanso*”.

No es de extrañar, pues, que los tesoros del Corazón de Jesús hayan sido revelados a una hija espiritual de San Francisco de Sales, Margarita María Alacoque, religiosa de la Visitación de Paray-le-Monial. Jesús le dijo: “He aquí este Corazón que tanto amó a los hombres, hasta consumirse enteramente por ellos”.

Dos siglos después de San Francisco de Sales, su discípulo e imitador, Don Bosco, decía que “la educación es cosa del corazón”: todo trabajo empieza aquí, y si no está el corazón, el trabajo es difícil y el resultado incierto. También decía: “Que los jóvenes no sólo sean amados, sino que ellos mismos se sepan amados. Amados por Dios y por sus educadores”. De este supuesto que Don Bosco transmitió a la Familia Salesiana, comienza la acción educativa salesiana.

José Buzzetti, de inmigrante a primer coadjutor salesiano

Fue uno de los muchos jóvenes inmigrantes del Turín del siglo XIX. Tuvo la suerte de conocer pronto a Don Bosco y se convirtió en su primer “verdadero” salesiano laico.

Don Bosco, sacerdote muy joven, había llegado a

Turín en noviembre de 1841. Mirando a su alrededor, y bajando a las cárceles junto a Don Cafasso, se había dado cuenta de la dramática situación en la que se encontraban los muchachos de la ciudad. Pidió al Señor que le ayudara a “hacer algo” por ellos.

La mañana del 8 de diciembre, fiesta de María Inmaculada, había encontrado a Bartolomé Garelli, albañil de Asti. En la sacristía anexa a la iglesia de San Francisco de Asís, le había dado su primera lección de catecismo y se había hecho amigo suyo.

La tarde de esa misma fiesta, durante la celebración vespertina, Don Bosco vio a tres pequeños albañiles durmiendo, uno al lado del otro, en un escalón del altar. La iglesia estaba abarrotada de gente, y en el púlpito un predicador hilvanaba su laborioso sermón. Don Bosco se acercó a los tres de puntillas, estrechó al primero y en un susurro le preguntó:

¿Cómo te llamas?

– Carlos Buzzetti -respondió confuso el muchacho, esperando una bofetada del sacerdote-. Perdone, pero he intentado prestar atención al sermón. Pero no entendí nada y me quedé dormido.

En lugar de una reprimenda, Carlos vio una buena sonrisa en el rostro del cura, que continuó en un susurro:

– ¿Y estos quiénes son?

– Mi hermano y mi primo -dijo Carlos, sacudiendo a los dos pequeños durmientes-. Somos albañiles toda la semana y estamos cansados.

– Venid conmigo -volvió a susurrar Don Bosco. Y los precedió hasta la sacristía.

“Eran Carlos y Juan Buzzetti, y Juan Gariboldi”, recordaba emocionado Don Bosco a sus primeros salesianos. Pequeños albañiles de Lombardía que estarían con él durante treinta, cuarenta años, a los que todos en Valdocco conocían.

“Entonces eran simples recaderos, ahora son maestros de obras, constructores estimados y respetados”.

Giuseppe, el hermano pequeño

Los Buzzetti procedían de Caronno Ghiringhello (actual Caronno Varesino), una familia numerosa que vivía del trabajo de la tierra. Pero en la familia de Antonio y Giuseppina habían nacido siete hijos, demasiados brazos para una tierra pequeña. Nada más cruzar la infancia, el padre Antonio había pensado en enviar a los dos hijos mayores a Turín, donde había una colonia de albañiles de Lombardía que ganaban buen dinero y volvían con una buena cantidad de ahorros.



Toda la familia Buzzetti. En el centro, en segunda fila, Giuseppe (con barba). A su izquierda su hermano Carlo; a la derecha los otros tres hermanos.

Carlos y Juan contaron a Don Bosco que habían partido en carretas desde Caronno, en grupo con otros aldeanos mayores que conocían el largo viaje (unos cien kilómetros). En parte en el carro, en parte a pie, habían caminado llevando un fardo con sus pobres ropas, y habían dormido en alguna granja. Ahora llega la estación muerta para nosotros los albañiles - dijo Carlos-; dentro de unos días tomaremos el camino de regreso a nuestro pueblo. Volveremos en primavera, y llevaremos con nosotros a nuestro tercer hermano, José.

En esos pocos días que quedaban, Don Bosco se hizo amigo de ellos. Carlos y Juan regresaron tres días después, el domingo, a la cabeza de un equipo de primos y paisanos. Don Bosco dijo misa y les dirigió un animado sermón. Luego desayunaron juntos, sentados al sol en el pequeño patio detrás de la sacristía. Hablaron de las familias lejanas que pronto volverían a ver, del trabajo, de los primeros ahorros que podrían llevar a casa. Se llevaban bien con Don Bosco, parecía como si siempre hubieran sido amigos.

En la primavera de 1842, los hermanos Buzzetti regresaron a Turín desde Caronno, acompañados por su hermano pequeño, que acababa de cumplir diez años (había nacido el 12 de febrero de 1832). José es un niño pálido, todo

desconcertado. Don Bosco le mira con ternura, le habla como a un amigo. José se apega a él como un cachorro. Nunca más se separará de él. Incluso cuando los hermanos, después de una nueva temporada de trabajo, regresaban a Caronno, él (también porque el largo camino le agotaba) se quedaba con “su” Don Bosco. Desde la primavera de 1842 hasta la madrugada del 31 de enero de 1888, cuando Don Bosco murió, José estaría siempre a su lado, testigo sereno de toda la historia humana y divina del sacerdote “que lo amaba”. Muchos acontecimientos de la vida de Don Bosco serían ya calificados de “leyendas”, en nuestro tiempo desconfiado y desmitificador, si no hubieran sido vistos a través de los ojos sencillos del albañil de Caronno, que siempre estaba allí, a tiro de piedra de “su” Don Bosco.

“¿Quieres venir y quedarte conmigo?”

Don Bosco va de obra en obra para encontrarse con sus muchachos y comprobar que las condiciones de trabajo que les imponen no sean inhumanas. Contempla con tristeza cómo José carga ladrillos y piedra caliza de sol a sol. Hay tanta bondad e inteligencia en esos ojos. Dentro de unos años le llamará y le ofrecerá compartir su vida. Miguel Rua, el que se convertirá en el segundo Don Bosco, es todavía un niño de cuatro años. Pero el que será su brazo fuerte, su primer y verdadero “coadjutor” en la construcción de la Obra Salesiana, ya ha llegado. Se trata de José Buzzetti.

El Oratorio pasa de la sacristía de San Francisco al Ospedaletto della Marchesa Barolo, de un cementerio a un molino, de un cuchitril a un prado. Acaba bajo un toldo en Valdocco. Mientras tanto, Don Bosco dice a sus muchachos que tendrán un gran oratorio, talleres y patios, iglesias y escuelas. Más de uno dice que Don Bosco se ha vuelto loco. José Buzzetti está a su lado. Le escucha, se ilumina con su sonrisa, ni siquiera piensa que Don Bosco pueda estar equivocado.

En mayo de 1847 la Providencia y una lluvia

interminable traen a Don Bosco el primer niño que necesita ser alojado “día y noche”. Ese mismo año llegaron otros seis: huérfanos que se quedaban solos de un día para otro, jóvenes inmigrantes en busca de su primer trabajo. Para ellos Don Bosco transformó dos habitaciones vecinas en un pequeño dormitorio, colocó las camas y colgó un cartel en la pared que decía “Dios te ve”. Para gestionar aquella primera comunidad microscópica (alimentada por el huerto y las ollas de Mamá Margarita), Don Bosco necesitaba un joven ayudante en el que pudiera confiar con los ojos cerrados, un chico que se quedaría con él para siempre, y que sería el primero de aquellos clérigos y sacerdotes que la Virgen le había prometido tantas veces en sueños. Ese niño sería José Buzzetti.

El mismo José cuenta: “Era un domingo por la tarde, y yo observaba el recreo de mis compañeros. Ese día había comulgado con mis hermanos, así que estaba muy contento. Don Bosco estaba recreándose con nosotros, contándonos las cosas más queridas del mundo. Mientras tanto llegaba la noche y yo me preparaba para volver a casa. Cuando me acerqué a Don Bosco para despedirme de él, me dijo:

– Bravo, estoy contento de poder hablar contigo. Dime, ¿quieres estar conmigo?

– ¿Para estar contigo? Explícame.

– Necesito reunir algunos jóvenes que quieran seguirme en la aventura del Oratorio. Tú serías uno. Empezaré a instruirte. Y, si Dios quiere, podrías ser sacerdote a su debido tiempo.

Miré el rostro de Don Bosco y pensé que estaba soñando. Luego añadió:

– Hablaré con tu hermano Carlos, y haremos lo que sea mejor en el Señor’.

Invocador de “milagros”

Carlos estuvo de acuerdo, y José vino a vivir con Don Bosco y su mamá Margarita. Don Bosco le confió el dinero y las finanzas de la casa, con total confianza. Y en dos años le

preparó para vestir el hábito negro de los clérigos. Todos le llamaban “el clérigo Buzzetti”. Fue él quien, en un agosto asfixiante, apartó a Miguel Rua y le hizo una seria reflexión a ese muchacho desganado por el calor para que se comprometiera más en sus estudios.

Año tras año, José Buzzetti tomó de las manos de Don Bosco y desarrolló la escuela de canto y la banda de música, los talleres (sobre todo la imprenta de la que se convirtió en gerente total), la supervisión de las obras, la administración de la Obra que se hacía cada vez más grande, la organización de las loterías que fueron durante años el oxígeno indispensable para el Oratorio.

Fue el instigador involuntario de dos famosas “multiplicaciones” de Don Bosco. En el invierno de 1848, durante una fiesta solemne, en el momento de distribuir la Comunión a trescientos muchachos, Don Bosco se dio cuenta de que sólo había ocho o nueve hostias en copón. José, que estaba sirviendo la misa, se había olvidado de preparar otro copón llena de hostias para consagrar. Cuando Don Bosco comenzó a distribuir la Eucaristía, José comenzó a sudar porque vio (mientras sostenía el platillo) que las hostias crecían bajo las manos de Don Bosco, hasta que hubo suficientes para todos. Al año siguiente, el día de los difuntos, Don Bosco regresó de su visita al cementerio con la multitud de jóvenes hambrientos a los que había prometido castañas cocidas. Mamá Margarita, a quien José había malinterpretado las palabras de Don Bosco, sólo había preparado una pequeña olla con ellas. José, en el alboroto general, trató de hacer entender a Don Bosco que sólo había esa pequeña cantidad de castañas. Pero Don Bosco empezó a repartirlas a lo grande, a cucharadas. Incluso aquella vez José empezó a sudar frío, porque la olla no se vaciaba nunca. Al final todos tenían las manos llenas de castañas calientes, y José miraba asombrado la “olla mágica” de la que Don Bosco seguía pescando alegremente...

Hubo un tiempo en que varias personas querían acabar con Don Bosco, y José (que se había dejado crecer una impresionante barba roja) se convirtió en su guardián y

defensor. “Lo veíamos casi con envidia, cuenta Juan Bautista Francesia, salir del Oratorio para ir al encuentro de Don Bosco que tenía que volver a Valdocco desde Turín. Se necesitaba una mano fuerte y un corazón lleno, y Buzzetti era la persona adecuada” Cuando faltaba José con su barba roja, aparecía un misterioso perro de pelo gris, que Mamá Margarita, Miguel Rua y Bautista Francesia observaban con respeto y miedo, y al que José tenía que defender de las pedradas de otros chicos asustados...

Los días de melancolía

El 25 de noviembre de 1856 murió Mamá Margaret. Fue un día amargo para Don Bosco y toda su gente. Fue también el día que marcó el final del “Oratorio Familiar” que José había visto y ayudado a crecer. Los chicos habían llegado a ser muchos, y cada mes crecían en número. Ya no bastaba una madre, se necesitaban maestros, profesores, superiores. Poco a poco, José cedió la administración a don Alasonatti, la escuela de canto y la banda a don Cagliero, la imprenta al caballero Oreglia de Santo Stefano. Hacía tiempo que se había quitado las negras vestiduras clericales, porque demasiadas ocupaciones no le habían permitido continuar seriamente sus estudios. Ahora se veía ocupado en trabajos cada vez más humildes: asistía el refectorio, ponía las mesas, enviaba las Lecturas Católicas, iba a la ciudad a buscar trabajo para los operarios.

Un día, la melancolía y el desánimo se apoderaron de él y decidió abandonar el Oratorio. Habló con sus hermanos (que ocupaban puestos de responsabilidad en el sector de la construcción de Turín), encontró trabajo y fue a despedirse de Don Bosco. Con su habitual desparpajo le dijo que ya se estaba convirtiendo en la última rueda del carro, que tenía que obedecer a los que había visto llegar de niños, a los que había enseñado a sonarse la nariz. Expresó su tristeza por tener que dejar la casa que había ayudado a construir desde los tiempos del pequeño techo. Para Don Bosco fue un golpe tremendo. Pero no se alegró. No dijo: “¡Pobre de mí! Me dejas

en un buen lío". En cambio, pensó en él, su amigo más querido, con quien había compartido tantas horas felices y dolorosas.

"¿Has encontrado ya un sitio? ¿Te pagarán bien? Necesitarás dinero para los primeros días". Hizo referencia a los cajones de su escritorio: "Conoces estos cajones mejor que yo. Toma lo que necesites, y si no es suficiente, dime lo que necesitas y te lo conseguiré. No quiero que tú, José, tengas que sufrir ninguna privación por mí". Luego le miró con ese amor que sólo él tenía por sus hijos: "Siempre nos hemos querido. Y espero que nunca me olvides". Entonces José rompió a llorar. Lloró largo rato y dijo: "No quiero dejar Don Bosco. Me quedaré aquí para siempre".

Cuando Don Bosco, en diciembre de 1887, tuvo que rendirse a la enfermedad de su última enfermedad, José Buzzetti fue a ponerse al lado de su cama. Tenía ahora 55 años. Su fabulosa barba roja se había vuelto toda blanca. Don Bosco ya casi no podía hablar, pero aún intentaba bromear haciéndole el saludo militar. Cuando consiguió murmurar algunas palabras le dijo: "¡Oh, mi querido! Siempre serás mi querido".

El 30 de enero fue el último día de la vida de Don Bosco. Hacia la una de la tarde José y el P. Viglietti estaban junto a su cama. Don Bosco abrió mucho los ojos, intentó sonreír. Luego levantó la mano izquierda y les saludó. Buzzetti rompió a llorar. Por la noche, hacia el amanecer, Don Bosco murió.

Ahora que su gran amigo se había ido con Dios, Buzzetti sentía su vida vacía. Parecía cansado. "Mirábamos a José", recuerda el P. Francesia, "tan encariñado con Don Bosco, como una de esas cosas preciosas que nos recuerdan tantas y tantas memorias". Pasaba gran parte del día en la iglesia, junto al sagrario, delante del cuadro de María Auxiliadora.

Le hacían dulces violencias para que fuera a la casa salesiana de Lanzo, a respirar un aire mejor. "Voy allí de buena gana", dijo al final, "porque allí fue también Don Bosco, y porque allí murió el querido P. Alasonatti. Andaré

allí, y luego iré a ver de nuevo a Don Bosco”.

Murió apretando el rosario entre sus manos. Tenía 59 años. Era el 13 de julio de 1891.

Y la estrella se detuvo en una silla de ruedas

Encuentros en el día de la Epifanía con personas maravillosas de buen corazón y fe radiante

Queridísimos amigos del Boletín Salesiano, junto con mi afectuoso saludo os expreso mis mejores deseos para el nuevo Año 2024 que acabamos de comenzar. Deseo de corazón que sea un año lleno de la presencia de Dios en nuestras vidas y rico en bendiciones.

Tengo por costumbre, siempre que me es posible, escribir este saludo compartiendo algo que he vivido y que me ha afectado por una u otra razón. Pues bien, en la Epifanía del Señor, me encontraba en mi pueblo natal, Luanco-Asturias. En ese magnífico rincón de la tierra, estuve gratamente en contacto con mis raíces y con el mar y la naturaleza que me vieron nacer y crecer, así como con mis paisanos. Aquel día fui a celebrar la Eucaristía. El párroco del pueblo había tenido la amabilidad de concederme este privilegio, mientras él se iba a otra de las parroquias que tiene encomendadas. Así pudimos celebrar esta solemnidad en varias comunidades cristianas.

Pues bien, lo que quiero contaros es que fue una mañana en la que el Señor me preparó algunos encuentros inesperados en los que, conociendo la situación de algunas personas, mi corazón se llenó de la certeza de cómo el Señor consuela y reconforta incluso cuando el dolor, la enfermedad o la limitación se han instalado en algunas vidas.

Comencé mi jornada, antes de celebrar la Eucaristía, visitando a una persona mayor que fue médico en mi pueblo durante muchos años. Era un gran médico de familia y creyente. Entre otras cosas, había sido estudiante salesiano en Salamanca. Durante años y años fue una de las personas de las que me hablaban mis padres cuando iban al médico.

Pues bien, en esta visita familiar que le hice, respondiendo a la invitación de su hija, me encontré con un hombre de fe que me dijo que como médico sólo podía dar una parte de lo mucho que había recibido de Dios y que ahora, con una fuerte enfermedad, sólo le pedía al buen Dios que le preparara para el Encuentro con Él. Tal era su convicción y su paz que fui a celebrar la Eucaristía habiendo recibido ya mi dosis de “buena palabra en el oído”.

En las manos de Dios

Y en la Eucaristía me encontré, como en otras ocasiones, con un joven de unos treinta años que, debido a un accidente, lleva años en silla de ruedas. También en silla de ruedas fue con su madre a la India para entrar en contacto con los más pobres entre los pobres. Y mi joven amigo me impresiona por la serenidad, la sonrisa y la alegría con la que vive en su corazón; la misma alegría con la que participa en la Eucaristía diaria y con la que recibe al Señor. Y este joven amigo seguramente tendría todo para quejarse de “su desgracia”, o peor aún: podría culpar a Dios, como solemos hacer cuando algo nos supera. Pero no, simplemente vive sin compadecerse de sí mismo y agradece el don de la vida, incluso en silla de ruedas. Al final de las celebraciones, cuando le veo, siempre nos saludamos y sus palabras son siempre de agradecimiento, pero más bien soy yo quien debería darle las gracias por el gran testimonio de vida y de fe en el Señor de la vida que nos da a todos.

Así de hermoso y evocador fue el día de mi Epifanía cuando, al salir de la iglesia, una pareja de mediana edad me saludó y me deseó lo mejor para el Año Nuevo. También ellos tenían rostros alegres; vi más alegría y serenidad en el marido (enfermo de

cáncer) que en su amada esposa (que sufría por él). Pero ambos me hablaron de su certeza de que tenían que vivir este tiempo y esta enfermedad confiando y abandonándose en Dios.

Fe de madre

Finalmente, entre todos los saludos me faltó un último. Una madre anciana, que se presentó, me recordó que hacía unos años había perdido a uno de sus hijos, que había fallecido a causa de una enfermedad, y que actualmente padecía cáncer. Me pidió que la tuviera presente ante el Señor. Le pregunté cómo se sentía y me dijo que estaba sufriendo, pero que se sentía muy confortada por la fe. Os aseguro que no tenía palabras que decir, porque la emoción que sentí durante la mañana y los testimonios de vida que llegaron y me sobrecogieron fueron muy intensos.

Y no podía dejar de prometer mis oraciones a cada uno, y así lo hice, y al mismo tiempo me di cuenta, una vez más y de una manera más fuerte, de cómo el Señor sigue haciendo cosas grandes en los humildes, en las personas más afectadas por las situaciones de la vida, en aquellos que sienten que sólo Él es verdaderamente consuelo y ayuda.

Y todo esto me parece tan importante que no puedo guardármelo para mí. Incluso parecería que no es algo sobre lo que escribir, quizás porque no está de moda, quizás porque hoy se habla de otras cosas, pero yo me rebelo contra todo lo que me impide compartir y testimoniar lo que es importante, profundo y esperanzador en nuestras vidas.

Y no sé por qué, pero tengo la intuición de que muchos lectores se sentirán en sintonía con lo que os cuento y con lo que yo mismo he vivido, porque lo que os cuento, que sucedió una mañana de Reyes en un pequeño pueblo cerca del mar, no sólo sucede allí. Es decir, forma parte de nuestra condición humana y en ella el Señor está siempre a nuestro lado, si se lo permitimos.

Os deseo lo mejor, queridos amigos. Y sigamos creyendo que, en cada momento, incluso en los más difíciles, tenemos motivos para la esperanza.